

RESEÑAS

Alejandra Lajous, Lucía de Pablo y Dora Schael, *AMLO: entre la atracción y el temor. Una crónica del 2003 al 2005*, México, Océano, 2006, 315 pp.

Más allá de asuntos de largo alcance, el interés principal de este libro estuvo en la circunstancia y la intención con que se escribió y publicó: buscó sistematizar información oportuna para el proceso electoral en que nos encontrábamos durante el primer semestre de 2006. Una de sus principales virtudes es que, a pesar de hacer un recuento que incluye a los actores más importantes de todo el espectro político, toma como hilo conductor los sentimientos escindidos que ha causado la figura de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), sobre todo en las clases medias informadas. De ahí su título, de ahí el sentido de sus rasgos analíticos no siempre consistentes, de ahí su posible vocación polémica, de ahí también su intención normativa. La moraleja de este libro bien pudiera ser que, así como movilizar no es hacer políticas públicas, ser un gobernador local combativo no es lo mismo que ser presidente.

La actual brecha electoral y su resultado final –dice el penúltimo párrafo– requieren más de sumas que de divisiones, los antagonismos unipersonales, aunque entendibles, son jalones que no pueden transformarse en políticas de gobierno, pues a la postre serán inútiles y pospondrán, o por lo menos frenarán, una vez más, el desarrollo de nuestro país. La coyuntura es propicia, aun así para muchos no queda claro si las mismas actitudes y excesos contestatarios del todo previsibles, e incluso necesarios, en un gobernante local de oposición, tendrían el mismo éxito aplicados al ámbito nacional y, más aún, al internacional, donde sería particularmente impropio recurrir al argumento de “las fuerzas del mal” como fórmula negociadora (pp. 305-306).

En pocas palabras, *AMLO: entre la atracción y el temor* es un libro de divulgación que, por lo mismo, quiere llegar al mayor número posible de lectores, pero que tuvo un solo destinatario. Sin embargo, puede resultar una buena fuente para analistas políticos y académicos que busquen docu-

mentar discusiones latinoamericanas sobre el proceso electoral mexicano de 2006, el llamado resurgimiento del populismo en la región o las características de los actores políticos durante el primer sexenio posterior a la salida del PRI de la presidencia de la república, ya que esta detallada crónica –basada en información periodística– de la segunda mitad del sexenio de Fox puede ser leída de dos formas: la primera como un retrato de los personajes más importantes de la arena política y la segunda como un acercamiento a la manera en que reaccionaron nuestras instituciones –a veces protegiendo, a veces poniendo en riesgo– al ejercicio legítimo del poder en el primer gobierno emanado de elecciones limpias y competidas en México.

PERSONAJES

Este libro no deja personaje sin tocar. Sin lugar a dudas el retrato más interesante y acabado es el de AMLO; se trata de un líder que, con base en su carisma y convicciones aprendidas en su experiencia política, tanto en Tabasco como en la estructura del PRD, consolida desde los primeros meses de su gobierno en la capital lo que Daniel Cosío Villegas llamó un estilo personal de gobernar.

El estilo de AMLO está fundado en 1) la preocupación por proyectos políticos y administrativos que incidan en la opinión popular y se vuelvan punto de partida de movilizaciones sociales, en caso de ser necesario, y 2) la formación de equipos de trabajo cercanos y, hasta cierto punto, cerrados, cuyo principal factor de cohesión sea la lealtad. Estas características explican el que la imagen de AMLO oscile entre la atracción y el temor.

El escándalo alrededor del sueldo de su chofer y jefe de logística Nicolás Mollinedo reveló al público la manera en que se maneja su círculo cercano que, a cambio de lealtad y eficacia, recibe la protección incondicional de su jefe: “lo más sobresaliente es que quedó establecido que en la capital mexicana se puede operar políticamente con formas muy tradicionales, en las que la lealtad personal es más significativa que la eficiencia institucional” (p. 58). Pero la naturaleza de su círculo cercano junto a su capacidad para establecer redes sociales de información y movilización política resultaron ser eficientes para enfrentar momentos de rispidez con el gobierno de Fox y el sistema judicial. La primera prueba fue el caso del paraje San Juan, donde, según el libro, se opuso más con argumentos justicieros que jurídicos al pago de la indemnización costosísima de ese terreno a dueños que, como luego se demostró, eran apócrifos: “en el caso del paraje San Juan, AMLO ganó la disputa judicial y la simpatía de la mayoría de la población. Con ello

fortaleció su imagen de indestructible, al tiempo que desacreditó a las instituciones para regular la vida social” (p. 54).

El énfasis en los proyectos más que en la formación de cuadros atrajo problemas a AMLO, como la imposibilidad de contender por la gubernatura de su estado natal en 1994: “López Obrador regresó a Tabasco y encontró al partido dividido y enfrentado. El haberse ido sin crear cuadros internos tuvo consecuencias: Madrazo estaba más fuerte que nunca, lo que hacía poco atractivo para AMLO volver a contender por la gubernatura estatal” (p. 25). Sin embargo esto cambió, sobre todo, luego de los “videoescándalos” y se hizo evidente cuando lanzó su *Proyecto alternativo de nación* en medio del proceso de desafuero, pues, en este punto, invitó a un grupo de colaboradores, entre ellos connotados ex priistas, a participar en la operación política de su movimiento rumbo al 2006.

El desafuero es el punto más alto de los frutos y descalificaciones de su muy personal estilo. Durante este proceso, AMLO mostró su capacidad para movilizar a la gente alrededor de causas y, en el camino, poner en la mesa discusiones necesarias sobre la naturaleza de algunas instituciones y su posible anquilosamiento, sobre todo después de las elecciones de 2000. Sin embargo, también mostró un flanco débil ante suspicaces y detractores: su poco respeto por los marcos normativos que no responden a los intereses de la población ni a los propios.

Durante el proceso electoral de 2006, la imagen de Madrazo como representante de la vieja guardia priista, tanto por su historia como por sus procedimientos, es innegable. El libro repasa la intervención de Madrazo en tres elecciones cuestionadas. Con ese punto de partida, incidental para los fines del libro, la personalidad de Madrazo y su papel en episodios más importantes de la vida política nacional de 2003 a 2005 son desmenuzados. Como resultado, queda la imagen de un político habilidoso en la instrumentación de la máxima “divide y vencerás”, pero neófito para completarla con aquella otra de “la unión hace la fuerza”. Después de los triunfos electorales del PRI en las elecciones intermedias, Madrazo siguió cosechando logros para su partido en elecciones estatales. En el camino también fue sembrando la discordia y el divisionismo en el PRI, debido a que sobrepuso su interés por la candidatura presidencial a la consolidación de un proyecto de inclusión y distribución de beneficios entre los diferentes sectores del PRI, como se hacía en los viejos tiempos.

El punto de crisis, bien lo señala el libro, fue su decisión de avalar el fallido intento de desafuero de Andrés Manuel López Obrador: “Uno de los perdedores evidentes del desenlace del proceso de desafuero fue el PRI, pues se subordinó a una estrategia ajena que lo dejó colgado de la brocha, como enemigo de la democracia y la libertad de elegir. Muchos priistas acu-

saron a Roberto Madrazo de haberlos embarcado en una aventura loca. Lo tacharon de ingenuo por haber confiado en el presidente Fox” (p. 244).

El error de cálculo llevó a Madrazo a una etapa de jalones para conseguir la candidatura a la presidencia, candidatura por la que tuvo que pagar el alto precio de un mayor desprestigio propio y para su partido. Los pleitos y rupturas entre los priistas fueron frecuentes desde ese momento. La separación y la campaña de hostigamiento en su contra de Elba Esther Gordillo, el rompimiento de los gobernadores que se organizaron para enfrentarlo y la salida de Montiel de la contienda interna bajo cargos de corrupción son sólo algunos ejemplos.

De Felipe Calderón, atribuible más al personaje que al libro, queda la imagen gris de un político sin victorias significativas fuera del PAN. Con arraigo familiar en su partido y el catolicismo, Calderón supo aprovechar las coyunturas en su favor. Los dos momentos más importantes de este personaje fueron 1) su aparente, por coyuntural, rompimiento con Fox, cuando renunció a la Secretaría de Energía, luego del regaño presidencial que recibió por haber participado en un acto de apoyo a su precandidatura que organizó con anticipación inaudita el gobernador de Jalisco, y 2) la obtención de la candidatura de su partido en una elección interna ejemplar contra el delfín del presidente, Santiago Creel. Ambas cosas reafirmaron que, en el PAN, la doctrina y el conocimiento de los fundamentos organizativos y de la estructura partidista sí cuentan, y cuentan mucho. Así se explica, por ejemplo, su triunfo en una elección interna en que pudo imponerse a pesar de la apuesta mediática y el presupuesto mercadotécnico de Creel. Pero también evidenció el peligro de que este partido presentara un candidato “de los panistas, para los panistas”.

INSTITUCIONES

La reflexión sobre las instituciones que se desprende del libro va en dos sentidos. El primero es la preocupación general por la calidad de nuestras instituciones de justicia y la viabilidad del sistema jurídico en que se sostienen. El segundo es la falta de referentes que todos los actores políticos han demostrado desde la salida del PRI de la presidencia.

La reflexión en torno al sistema de justicia tuvo antecedentes en el episodio del paraje San Juan, pero se consolidó con el intento por desafiar a AMLO, luego de un convulsionado 2004. Ese año la agitación política fue *in crescendo*. Al “nicogate” (17 de enero) siguieron los “videoescándalos” (primera quincena de marzo), el surgimiento de “la teoría del complot”, las comparecencias de AMLO y Bernardo Bátiz por revelar información confi-

dencial del caso Gustavo Ponce que incluso irritó a Estados Unidos (17-24 de abril), la deportación sorpresiva de Carlos Ahumada hecho preso en Cuba (28 de abril), el rompimiento de relaciones con La Habana (2 de mayo); y a la solicitud de desafuero de la PGR por un presunto desacato en el caso de El Encino (17 de mayo) siguieron las argumentaciones jurídicas del Ejecutivo federal de manera paralela a las movilizaciones sociales desbordantes organizadas por AMLO, su lanzamiento del *Proyecto alternativo de nación* y el establecimiento de las llamadas redes ciudadanas.

Todos estos hechos y anécdotas pusieron al sistema de justicia en el centro del debate. En la espera del juicio de desafuero, programado para el 7 de abril de 2005, “mientras las facciones estaban en pie de guerra, muchos ciudadanos se preguntaban qué era más importante, que los votantes fueran libres para elegir a quienes ellos desearan o que los políticos se sometieran al Estado de derecho. La lucha por el poder suponía, también, un enfrentamiento por principios fundamentales de la democracia” (p. 225).

AMLO no se amilanó en ningún momento. Se mostró siempre como víctima de una estrategia política ideada, con careta jurídica, desde las altas esferas del poder para impedir su candidatura en 2006, mientras desde el Ejecutivo se insistió en un discurso de defensa de un Estado de derecho con el que la gente no se sentía tan identificada. El discurso leguleyo de Fox y sus allegados convencieron a pocos en México y terminó despertando temores de inestabilidad en Estados Unidos. En cambio el discurso de AMLO fue convincente para la mayoría de los mexicanos, según lo constatan las encuestas de opinión durante el proceso de desafuero. En este libro se adelanta una idea sobre las posibles causas del éxito de AMLO: “No perdamos de vista –dice en las primeras páginas– que la primacía de la justicia sobre la ley es el fundamento de cualquier Estado originado en una revolución y que trascender ese origen, para acogerse a la vida institucional, supone una larga y difícil evolución” (p. 54).

Precisamente, eso fue lo que puso en evidencia el fallido intento de desafuero: el anquilosado entramado jurídico, los remiendos sobre parches constitucionales, la corrupción de los encargados de administrar la ley y la justicia, el desprestigio social de las instituciones que deberían dar lustre al añorado Estado de derecho. O, puesto en otros términos, el choque entre las instituciones que sostuvieron un régimen autoritario que se sentó sobre la revolución para gobernar el país durante décadas y las necesidades de una nación que busca transitar hacia una realidad fundada en la libre competencia política y el pluralismo. Según el libro, el desenlace del intento de desafuero “demuestra que en México siguen teniendo primacía los valores subjetivos de la justicia sobre la objetividad de la ley. Esa convicción viene de nuestro origen revolucionario y de la ineficiencia de nuestro sistema le-

gal, pero resulta contraria a la convivencia democrática, pues ¿cómo puede funcionar un sistema democrático si tenemos jugadores que en determinados momentos dicen que cierta ley no es conveniente y deciden aplicar su propia noción de justicia [y de ley, quizá haya que agregar]?” (p. 183).

La falta de referentes en el escenario político que se presentó a partir de 2000 afectó principalmente al PRI y al PAN. El PRI tuvo que sortear desde entonces varios episodios difíciles, porque estaba acostumbrado a que el presidente de la república fuese el fiel de la balanza a la hora de tomar decisiones. Por su parte, el PAN terminó por rebelarse ante un presidente que buscaba imponer lincamientos sin tomar en cuenta la doctrina ni la naturaleza del partido con el que llegó al poder.

El vacío en la dirección del PRI fue aprovechado por diferentes actores políticos. Elba Esther Gordillo estableció una alianza del PRI con el Ejecutivo, por primera vez en la historia, desde la oposición. Ante su fracaso, el resultado fue el fortalecimiento de Roberto Madrazo, su compañero de fórmula y luego enemigo político. Este rompimiento marcó la inédita situación en el PRI de elegir candidato a la presidencia sin un líder que indicara el camino a seguir.

La situación desencadenó “los jaloneos” dentro del antiguo partido de Estado. Las acusaciones mutuas, los enfrentamientos y rupturas del PRI terminaron en la designación de un candidato surgido de lo que mejor caracteriza a los priistas: la capacidad para obtener el poder. Aunque durante el proceso electoral de 2006 también demostró ser un candidato con baja credibilidad y que pareció estar montado en las siglas de un partido que no estaba completamente convencido de seguirlo en la campaña –por no mencionar que arrastraba su propio, exacerbado desprestigio.

En el caso del PAN, la falta de antecedentes para las nuevas reglas del juego tuvo su primera expresión conflictiva alrededor de los intentos de Marta Sahagún por adquirir protagonismo político, mediante el establecimiento de la fundación Vamos México –al grado de declarar que nuestro país ya estaba “preparado para una presidenta”. La actitud de la primera dama despertó las peores sospechas e irritación, porque, incluso dentro de la filas de su partido, fue interpretada como la intención de “la pareja presidencial” de establecer un gobierno transexenal. A la irritación panista se sumó el regaño y subsiguiente renuncia a la Secretaría de Energía de Felipe Calderón, debido a su intento de “sucesión adelantada”. La facción más doctrinaria del PAN vio como un ataque la actitud de Vicente Fox hacia Calderón.

Luego del escándalo de la triangulación de fondos de la Lotería Nacional por medio de algunas empresas donantes de Vamos México, y de la renuncia del secretario particular y director de comunicación social de la

presidencia, Alfonso Durazo, por sus diferencias con la primera dama, los deseos de Marta Sahagún desembocaron, el 12 de julio de 2004, en un discurso en que renunció a cualquier candidatura. En estos trances, la imagen de rebeldía ante las imposiciones presidenciales de Calderón cobró mucha mayor magnitud.

El cambio de dirigencia del partido en el poder trajo a la presidencia del PAN al sector doctrinario con Manuel Espino a la cabeza. Eso fue interpretado como un triunfo de Calderón. Ante la neutralización de las ambiciones políticas de la primera dama, Creel se constituyó en el delfín de Fox en las elecciones internas del PAN, luego de que se resolviera el asunto del desafuero. La elección interna del candidato panista fue abierta a militantes y adherentes. En cierto sentido, las precampañas se mostraron como la pugna entre el sector tradicional del PAN y el llamado neopanismo. Al final de cuentas, se impuso el amplio conocimiento que tiene Felipe Calderón de su partido y su militancia sobre un apoyo presidencial a Creel que emulaba al viejo régimen en que desde el Ejecutivo se tomaban las decisiones importantes.

Este libro se publicó en los primeros meses de 2006 cuando todavía no se realizaban las elecciones, por lo que se trata de un recuento incompleto. Los análisis e historias mejor pensados sobre este periodo están por escribirse aún. Baste señalar aquí que por fuentes sistematizadas, como ésta, no se debe parar.

FROYLÁN ENCISO

Antonio Azuela (coord.), *Las compras del gobierno: datos blandos, percepciones duras*. México, UNAM / Instituto de Investigaciones Sociales, "Cuadernos de Investigación", núm. 37, 2007.

Seguramente lo propio de la sociología es estar en crisis. Incluso estarlo de un modo deliberado, porque está obligada a ponerse a sí misma como objeto y reflexionar a la vez sobre los procesos sociales y sobre los métodos, los conceptos que se usan para estudiarlos, sobre el programa mismo de la disciplina, su ubicación en la academia y en la vida pública. La sociología, si uno se la toma en serio, es también, siempre, crítica de la sociología. El libro de Antonio Azuela es una muestra ejemplar. Se ocupa de la corrupción, de los indicadores para medir la corrupción, de los supuestos a partir de los cuales se construyen esos indicadores y de su uso en la vida pública. Nada es obvio, nada es indiscutible. Tiene uno la impresión, al ir leyendo el texto, de ver ahora el paisaje, ahora la foto, el negativo y el mecanismo de la cámara.